BOLETIN

DE LA

REAL ACADEMIA GALLEGA

Año XXI | *Coruña, 1.º Septiembre 1926* | Núm. 186

UNA DOLOROSA PÉRDIDA

DON FRANCISCO PONTE Y BLANCO

Una nueva y dolorosa pérdida ha sufrido nuestra Real Academia: el día 22 de Julio último exhaló el postrer suspiro nuestro querido Presidente, el Iltmo. Sr. D. Francisco Ponte y Blanco, a los 73 años de edad.

Poco más de dos —había sido elegido en 31 de Marzo de 1924— llevaba al frente de nuestra Corporación, y, durante ese breve plazo, el Sr. Ponte y Blanco demostró sus grandes cariños por nuestro instituto, su laudable intención de impulsar el progreso de la Academia, su firme propósito de rodearla de todos los prestigios. Tuvo oportunas iniciativas y secundó otras acertadas, con un entusiasmo nobilísimo, con verdadera consciencia de su misión, ostentando en todo momento de modo dignísimo la representación que sus consocios le otorgaron.

Personalidad muy significada en la Coruña, donde ocupó cargos de tanto relieve como las Presidencias de la Asociación de la Prensa, de la Cooperativa Militar y Civil, de la Sociedad Filarmónica y la Alcaldía de la ciudad, en todos ellos actuó de manera eficaz y brillante, realizando óptima labor que mereció gratitud y aplauso.

Manifestaciones de su sólida cultura y su clara inteligencia quedan en las obras que ha escrito, algunas de las cuales han sido aceptadas como texto oficial en diversas Escuelas del Estado.

Hombre generoso y caritativo, llevó sus actividades al campo social, contribuyendo a la fundación del Patronato de la Caridad, y desarrollando fructífera tarea en la Junta Provincial de Protección a la Infancia.

En su juventud había residido en la Habana y allí fué uno de los fundadores del hoy poderoso «Centro Gallego». Como Alcalde de la Co-

ruña, organizó los actos del recibimiento y agasajos a la excursión que en 1921 vino de la capital cubana y, entre ellos, el de colocación de la primera piedra del monumento a Curros Enríquez.

Durante su etapa de Presidente de la Academia, se efectuó la solemnísima fiesta conmemorativa del Centenario de Camoens, organizada por nuestra Corporación y que fué la primera que en España se celebró con aquel motivo en honor al gran poeta lusitano.

Descanse en paz el compañero leal, el caballeroso Presidente, el hombre activísimo y amante de su tierra nativa!

La Junta de Gobierno de la Real Academia Gallega envió a la dignísima viuda del finado Presidente un expresivo mensaje, en que se hace constar el profundo sentimiento de la Corporación por la sensible pérdida; publicó en la prensa local esquelas de invitación al acto del sepelio y dirigió cablegramas a las Asociaciones Protectoras de la Habana y Buenos Aires, trasmitiéndoles la noticia del fallecimiento.

TESTIMONIOS DE PÉSAME

Muchos y de muy significadas entidades y personas fueron los pésamas recibidos en la Academia, con motivo del fallecimiento del Sr. Ponte.

Cuéntanse, entre otros, los siguientes telegramas:

De la Asociación Iniciadora y Protectora de la Academia en la Habana.—«Abrumados rudo golpe, enviamos sentido pésame.—*Protectora*».

De la Asociación Protectora de la Academia en Buenos Aires.—«Reciba esa Academia testimonio pesar esta Protectora.—*Conde Salgado,* Presidente».

Del Centro Gallego, de la Habana.—«Informados fallecimiento admirado Ponte Blanco, Presidente esa Corporación, nombre este Centro Gallego reciban testimonio más sincero nuestra condolencia irreparable pérdida.—*Jesús María Bouza,* Presidente».

De la Universidad de Santiago.—«En nombre claustrales doy esa ilustre Entidad sentido pésame fallecimiento Presidente.—*Rector de la Universidad*».

Del Excmo. Sr. Marqués de Figueroa, desde Santiago.—«Expreso uniéndome familia Corporación vivo sentimiento pérdida Ponte.—*Marqués de Figueroa*».

Del Excmo. Sr. D. Narciso Correal, desde Santiago.—«Asóciome duelo Corporación por pérdida digno Presidente.—*Correal*».

De D. Julio Dávila, desde Curtis.—«Con pena me informo por Prensa fallecimiento querido Presidente. Acompaño duelo a esa Corporación, lamentando no poder llegar a tiempo asistir sepelio.—*Julio Dávila*».

De D. Indalecio Varela Lenzano, desde Ferrol.—«Sorprendido aquí fallecimiento inolvidable director, asóciome sinceramente duelo Academia y familia.—*Varela Lenzano*».

De D. Manuel Amor Meilán, de Lugo.—«De todo corazón asóciome al profundo sentimiento de nuestra Academia, por la dolorosa pérdida del querido Presidente y entrañable amigo y compañero. Nunca podré olvidar, por constituir uno de los orgullos de mi vida, que yo fuí quien, en nombre de la Academia, le dió la bienvenida en el acto de su solemne recepción. ¡Ayer aún!...—*Manuel Amor Meilán*».

De D. Salvador Cabeza León, de Santiago.—«Me asocio todo corazón dolor Academia.—*Salvador Cabeza*».

De D. Verardo García Rey, desde Pontevedra.—«Enterado fallecimiento Director acompáñole en sentimiento.—*Comandante García Rey*».

De D. Francisco Portela Pérez, desde Pontevedra.—«Asóciome sentido pésame fallecimiento Ponte Blanco.—*Portela Pérez*».

De D. Basilio Alvarez, desde Melilla.—«Apenado fallecimiento Ponte envíole pésame Corporación.—*Basilio Alvarez*».

De D. Ramón de Artaza, de Muros.—«Sentido pésame fallecimiento ilustre Presidente.—*Artaza*».

También testimoniaron el pésame por medio de sentidas cartas, los Sres. D. Wenceslao Requejo, de Vigo; D. Cándido Pedreira Santos, de Vimianzo; D.ª Francisca Herrera Garrido, desde Oleiros; D. Federico Maciñeira, de Ortigueira; D. Ramón Cabanillas, de Mondariz, y otros.

EL ACTO DEL ENTIERRO

Se efectuó el día 23 y fué elocuente demostración del general pesar que la muerte del Sr. Ponte y Blanco produjo.

Abrían marcha, en dos filas, los peones camineros de Obras Públicas de la provincia y a continuación los porteros de la «Reunión de Artesanos».

Iba luego numeroso clero con cruz alzada.

Y en pos de él la carroza fúnebre de primera clase, con palafreneros y demás servicio a la Federica.

El féretro fué bajado a ella en hombros, desde la casa mortuoria, por compañeros del finado en Obras Públicas y otros centros.

Cinco hermosas coronas se depositaron en la carroza, todas ellas con sentidas dedicatorias: una de la familia, otra de D. Manuel López Vázquez, entrañable amigo del Sr. Ponte; otra de la Asociación de la Prensa, otra de la Filarmónica y otra de la «Reunión de Artesanos».

Formaban varias presidencias de duelo:

Iban en la primera, el Gobernador Militar General Feijóo, el Gobernador Civil Sr. Pérez Argüelles, el Sr. López Vázquez, el médico Sr. Gutiérrez Moyano, el Ingeniero-Jefe de Obras Públicas Sr. Real, y los señores Carré y Lugrís, Presidente y Secretario interinos de la Real Academia Gallega, acompañados de los miembros de esta Corporación Sres. Pérez Barreiro, Martínez Morás, Castillo, Seijo Rubio y Carré Alvarellos.

Constituían las restantes, las Directivas de la Filarmónica, Asociación de la Prensa, Cooperativa Militar y Civil y «Reunión de Artesanos»; los cónsules de la Argentina, Cuba, Portugal y Uruguay.

El cortejo era numerosísimo, popular, figurando en él personas de todas las clases sociales, representaciones de todas las entidades a que pertenecía el Sr. Ponte y todos los funcionarios municipales y ex concejales.

El Ayuntamiento formó en Corporación, antes de la comitiva, y detrás inmediatamente de la presidencia. Lo presidía el Alcalde Sr. Casás, llevando el pendón de la ciudad el Sr. Valenciano, a cuyo lado iba el Secretario Sr. Martín. Precedían a la Corporación dos filas de Guardias Municipales y Ujieres y los Maceros enlutados.

Al llegar al Cementerio, fué conducido el féretro hasta la sepultura en hombros de los mismos compañeros que lo efectuaron en la casa mortuoria.

Al dar cuenta del entierro de nuestro querido y llorado amigo, rendimos a la apenadísima viuda, hermanos, hermanas, sobrinos y demás deudos, nuestro pésame tan sincero como el cariño que profesábamos al finado.

LA PRESIDENCIA INTERINA DE LA ACADEMIA

Ha quedado encargado interinamente, y conforme a Reglamento, de la Presidencia de esta Real Academia, vacante por fallecimiento del Sr. Ponte y Blanco, el Académico de Número D. Eugenio Carré Aldao.



DON MANUEL GARCÍA VÁZQUEZ

Presidente de la Asociación Iniciadora y Protectora
de la Academia en la Habana

† EN DICHA CAPITAL EN 3 DE JULIO DE 1926

DON MANUEL GARCÍA VÁZQUEZ

En la Habana falleció el caballeroso Presidente de la Asociación Iniciadora y Protectora de la Real Academia, D. Manuel García Vázquez.

La noticia de esta tan sensible pérdida nos ha producido hondo pesar, como sin duda lo habrán experimentado cuantos al lado del Sr. García Vázquez venían laborando con decisión y entusiasmo en favor de nuestra Corporación y por la difusión de la obra cultural y patriótica que realiza.

Era el Sr. García Vázquez un distinguido y prestigioso comerciante que supo alternar con las tareas de su vida profesional la afición a mantener y propugnar los valores de la cultura gallega, ofreciendo elocuente manifestación de su claro entendimiento y de su patriotismo bien sentido.

En la presidencia de la Asociación hizo una labor muy celosa, viéndose rodeado del cariño y el respeto de sus consocios, a los que representó siempre dignamente, y sostuvo con nuestra Academia relaciones de cordialísimo afecto.

Muy sinceramente lamentamos el fallecimiento del Sr. García Vázquez y enviamos a su familia la expresión de nuestro pésame, con el testimonio de efusiva condolencia que dedicamos a la Asociación Iniciadora y Protectora que el finado presidía con tanto acierto

Repose en paz el distinguido patriota y celoso Presidente!

LOS ALTARES PRIMITIVOS DEL APÓSTOL SANTIAGO

El altar es quizá el objeto más antiguo que levantó el hombre. Antes de hacer casa para sí, construyeron probablemente las manos humanas un altar para Dios. Para guarecerse de la intemperie, bastó al primer hombre la oquedad de una piedra. A Dios algún altar hubieron de consagrar nuestros primeros padres, cuando en los antiguos días del Génesis, se presentaron Caín y Abel a ofrecer a Dios el fruto de sus trabajos y sus afanes; cosas que al primero le habían producido sus tierras; corderos que al segundo habían nacido en sus rebaños. Y lo que aconteció entonces, practicó asímismo la humanidad entera en el rodar de los tiempos y en la sucesión innúmera de sus edades, pues no en vano escribió el orador

romano, que antes se hallarían pueblos sin ciudades, sin murallas y sin casas, que gentes sin dioses y sin altares (1).

De los pueblos paganos consta esta verdad en los tiempos modernos, por el testimonio de los misioneros, que viviendo entre ellos y ocupándose precisamente en el estudio de la religión, para enseñarles la cristiana, están naturalmente mejor enterados de la que practican. De los tiempos antiguos son testigos fehacientes las innumerables aras que de las más remotas edades hasta nosotros han llegado y las numerosas inscripciones que nos conservan los nombres de las deidades a que rindieron culto y veneración los hombres de aquellos antiguos y remotos días. Al pueblo de Israel le mandó Dios, según leemos en el *Éxodo* (cap. 20), que le hiciese un altar de tierra y sobre él ofreciese sus holocaustos, sus carneros y sus bueyes. Y que si le hiciese altar de piedra, fuese de piedra que no hubiese tocado el hierro, pues si el hierro las tocase, quedaría el altar poluto e inútil para el sacrificio.

Después, cuando le mandó construir el tabernáculo, les prescribió hacer un altar «de lignis Setin», de madera de acacia, y para que no se destruyese al quemar las víctimas que sobre él se habían de ofrecer, ordenó que lo cubriese de láminas de bronce. (*Éxodo*, cap. 27).

En su famoso templo, edificó Salomón un altar de bronce de veinte codos de latitud y veinte de longitud y diez de altura, según nos cuenta el sagrado libro de los Paralipómenos, en el versículo 1.°, del capítulo cuarto, del libro segundo (2), y siendo el codo de su templo algo mayor que medio metro, resulta que tenía este celebrado altar del templo de Salomón, donde se ofrecieron a Dios repetidas veces, numerosos y gratos holocaustos, un poco más de diez metros de lado y algo más de cien metros por lo tanto de superficie (3). Estas amplias dimensiones le dió aquel famoso rey, por juzgar pequeñas las medidas que para testificar su veneración a Jehovat, había señalado el pueblo de Israel. El altar del *Exodo* era para un pueblo que viajaba por el desierto, y éste para un pueblo que gozaba en paz de la tierra que Dios le había prometido.

En el pueblo cristiano tampoco ha faltado ni faltará jamás, altar en que ofrecer a Dios el sacrificio eucarístico que instituyó Cristo Nuestro Señor, en la noche bendita de la Cena, que celebró con sus discípulos antes de su pasión adorable. El altar de aquella primera misa, aunque

---

(1) Lo mismo escribió el filósofo Plutarco.

(2) «Fecit quoque altare æneum viginti cubitorum longitudinis et viginti cubitorum latitudinis, et decem cubitorum altitudinis».

(3) Diez metros cuadrados de superficie le da el *Dictonnaire de la Bible* que publicó Vigouroux, pero es sin duda equivocación pues diez elevado al cuadrado son no *diez* sino *cien*.

no nos consta de una manera indudable, fué casi seguramente un altar de madera, la mesa misma en que estaba cenando con sus Apóstoles. Después de su muerte hicieron éstos lo mismo y celebraron frecuentemente la Santa Misa, conforme a lo que él entonces les había ordenado, según nos consignó el evangelista San Juan en el capítulo 22: «Hoc facite in meam commemorationem. Haced esto en memoria mía».

Y así lo cumplieron ellos. Pregunta el Cardenal Bona (1) y con él otros sabios, cuándo dijeron los Apóstoles la primera Misa. Y algunos creen que el día mismo de la Resurrección, y otros que aquel en que vino el Espíritu Santo, sobre el colegio apostólico. No tenemos realmente datos para resolver esta cuestión, pero ello es cierto que muy al principio de la predicación apostólica. En las actas del martirio del Apóstol San Andrés, los presbíteros de Achaya que lo presenciaron y escribieron, testifican que ordenándole el Procónsul Egeas que sacrificase a los dioses, le respondió: «Ego Omnipotenti Deo, qui unus et verus est, immolo *quotidie,* non taurorum carnes, nec hircorum sanguinem, sed immaculatum Agnum in *altari*. Yo ofrezco *todos los días* sacrificio a Dios, uno y verdadero, y le inmolo *en el altar,* no la carne de toros, ni la sangre de cabritos, sinó al Cordero inmaculado que después del sacrificio, persevera vivo y entero». Y lo que hacía San Andrés, que celebraba cada día la Santa Misa, hacían sin duda los demás Apóstoles, cuando se les presentaba ocasión propicia para ello, como vemos por los Hechos apostólicos. De ahí nació sin duda la acusación, que contra los primeros cristianos hacían los paganos, sus vecinos, como sabemos por los escritores de aquellos tiempos, de que en sus reuniones comían la carne y bebían la sangre de un niño. «Infantis sanguinen —escribe Minucio Félix— sitienter lambunt, hujus certatin membra dispertiunt». Sedientos beben la sangre de un niño y reparten a porfía sus miembros. Habían oído hablar del Santo Sacrificio de la Misa, de que allí se daba el cuerpo y la sangre de Jesucristo, y cambiaban, como hace el que está mal enterado de un asunto, todo ello en la sangre y las carnes de un niño. Por eso preguntaba San Justino, en el diálogo con Trifón: «An vos etiam de nobis creditis homines nos vorare?». ¿Os creéis también vosotros que devoramos los hombres? Había por consiguiente Misa en aquellos primeros tiempos y había también altar, pues sin él no se celebra Misa. Sobre algo se ha de poner la víctima que a Dios se ofrece.

Y si me preguntáis cómo era aquel primitivo altar, os responderé que

---

(1) En su obra *Rerum liturgicarum libri duo* que es quizás lo mejor que sobre la materia se ha escrito, si exceptuamos lo referente a dibujos que no se acostumbraba en sus tiempos.

fué sin duda muy vario, como tenían que ser naturalmente diferentes y notablemente distintas las circunstancias en que se veían diariamente los Apóstoles y diversos los medios y elementos de que podían disponer (1). En Roma se conservó muchos años el altar en que celebró repetidas veces el Apóstol San Pedro. Era de madera y cóncavo «in modum arcæ» y tenía cuatro anillos, como el de madera de setín que hiciera en el desierto el pueblo de Israel, para que pudiera fácilmente trasladarse, como aquél, de un lugar a otro (2). No podía el Santo Apóstol haber levantado iglesia, en que pudiera celebrar y reunir a sus discípulos, y se veía forzado a reunirlos y celebrar en los sitios y casas en que se lo consentían, y allí se llevaba el referido altar. En las criptas se celebró también el Santo Sacrificio, sobre las memorias y sepulcros de los mártires. Así lo ordenó el Papa San Félix (3), muerto en 274, mandato repetidas veces renovado y de él procede la ley que dispone se pongan reliquias de santos mártires en las aras cristianas y sin ellas no pueda celebrarse misa (4). Mas esto no sucedió siempre en aquellos tiempos, pues el Papa Benedicto XIV, en su erudita obra *De Sacrificio Missæ*, escribe que en las criptas se ven aún varias mesas sostenidas por una o varias columnas, que sirvieron evidentemente de altar en aquellos alejados tiempos. Y el mismo cuenta que el Papa Vigil, huyendo de los perseguidores, se escondió en una ocasión debajo de una de ellas y descubierto, lo agarraron de los piés y tiraban para fuera; él se cogió a las columnas del altar y se hubiera caído la mesa que ellas sostenían, si los clérigos no la hubieran amparado. Otra vez sucedió lo mismo en la Basílica de San Pedro y la mesa se le vino encima (5). El Cardenal Bona dice que aun hoy se ven en Roma,

---

(1) «Primis ecclesiæ sœculis an lignea fuerint vel lapidea altaria non liquet. Utraque credideri int tempore persecutonis usitata pront rerum locorumque opportunitas ferebat». Cardenal Bona. L. I, cap. XX.

(2) Se glorian de haber poseído este altar en Roma la basílica de Letrán, la iglesia de Santa Pudentiana y la de Santa Práxedes. Nos parece que no hay razón suficiente para tener por auténtico a ninguno de los que en ellas se exhiben.

(3) V. Reusens. *Archeologie Chretienne.*
Lo mismo testifica el Cardenal Bono y Rohault de Fleury y Enlart y otros varios.

(4) Tardó, no obstante, en adoptarse como costumbre general y disposición ineludible. En Rohault hay numerosos altares antiguos hasta el siglo V y VI sin que se vea en ellos rastros del lóculo en que debían colocarse las reliquias. En este Seminario de Santiago se guarda un ara traída de Herbón, sin señal alguna de lugar en que estas hubieran podido colocarse. Y según la inscripción que en ella se lee fué consagrada en la era MCXXI (año 1083).

(5) «Cum in eadem ecclesiæ (S. Euphemiæ) a sancto ejus altari tracti pedibu traheremun, columnas tennimus, et super nos etiam ipsa altaris mensa cecidorat, nisi clericorum nostrorum fuisset manibus sustentata». Carta XV entre las del referido Papa Vigil, dirigida a toda la iglesia.

en la cripta de Santa Cecilia, varias mesas de altar de piedra, sostenidas por una columna (1), y en otros cementerios varias sobre dos o tres.

Otras veces hicieron aquellos primeros cristianos sus altares para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, de tres losas, dos verticales y una horizontal, y en otras ocasiones de cinco, cuatro verticales y una horizontal, asemejándolos de esta manera a los sepulcros de los mártires sobre los cuales celebraban repetidas veces los divinos misterios en las criptas, y fué práctica que consagró con su decreto el Papa San Félix, como dejamos consignado ya. Tal es el altar de San Vital en San Estevan de Bolonia, y el de los Santos Nazario y Celso levantado por Gala Placidia en Ravena en 440. El hallado no hace mucho en Auriol, no lejos de Marsella, consta de una sola losa cuadrada sostenida por una columna. Otros no eran cuadrados sino redondos y otros semicirculares.

No sólo de piedra o madera o mármol hicieron los primeros cristianos sus altares. Constantino, en la basílica que edificó en Roma cuando su conversión, puso siete altares de plata que pesaba cada uno doscientas sesenta libras (2). El Papa Sixto III hizo para Santa María la Mayor un altar de plata de trescientas libras de peso (3). Así lo testifican escritores coetáneos, como puede verse en la obra citada del Cardenal Bona, pero bien pudieran ser esos altares de plata como son algunos de nuestros días en que la plata adorna diversas partes del altar, pero no excluye el ara de piedra que todos ellos tienen (4).

Las dimensiones fueron también muy diversas, pero siempre exiguas, si se comparan con las de los altares de nuestros días. Y es natural que así sucediese, pues sabido es que la Misa no ha tenido siempre la extensión y amplitud que vemos en nuestro tiempo. Cuando San Pedro y San Andrés y los demás Apóstoles (5) dijeron sus primeras misas, no estaban aún escritos ninguno de los Sagrados Evangelios, ni podían por consi-

---

(1) Lo cuentan los clérigos de Roma en una carta a los embajadores de Francia en Constantinopla que está en el tomo v de los concilios: «Sanctus Papa columnas altaris amplexus est..... sed cum ille altaris columnas non dimitteret cecidit altare et columnæ aliquæ fractæ sunt».

(2) *Rerum iturgicarum.* L. I, cap. XX.

(3) Hay que notar que la libra romana era más pequeña que la nuestra, no tenía más que doce onzas.

(4) Así lo siente asímismo Rochault Fleury en su magnífica obra *La Messe.* Y así debían ser conforme al decreto atribuido a San Silvestre de que fuesen todos de piedra.

(5) «Missam temporibus apostolorum multo breviorem fuisse (constat) quam nunc sit», y extendiéndose la religión fué después aumentándose por los sucesores de los apóstoles, no porque estos fuesen mayores en piedad o saber, sino porque así lo exigían los tiempos. El Papa Celestino añadió el introito; Telésforo, el himno angélico, y así otros. Cardenal Bona. Capítulo 22 del l. I.

guiente, leer entonces nada de esos libros, de los cuales nunca falta un trozo en las misas que ahora se dicen. No estaba además ordenada la liturgia, como se fué disponiendo y ordenando más tarde. Por eso nota el Cardenal Bona, que los Apóstoles y aquellos antiguos maestros de la fe en las reuniones de los cristianos, cantaban algunos Salmos y leían algo de los santos profetas de Israel, sobre todo aquellas profecías que se referían al Mesías que tanto tiempo el mundo había esperado, de las cuales tomaban ocasión para hacerles notar como se habían cumplido en Nuestro Señor Jesucristo, sobre todo cuando hablaban a gente hebrea, les contaban después lo que habían visto y oído de los labios del Señor y cuando llegaba la hora, decían o cantaban la oración del Padre Nuestro y en seguida las palabras de la consagración (1). Y cuando las circunstancias lo permitían y la devoción lo aconsejaba, nos dice el referido escritor, que decían muchas oraciones y cantaban santos y devotos himnos, y consagraban después el cuerpo y sangre del Señor. Y conforme con esto, enseña Cuthbert, obispo católico de Newport, en Inglaterra, que la Misa en aquellos remotos días, tenía en la parte exterior una fisonomía, que recordaba grandemente los sacrificios hebraicos en que se habían criado los Apóstoles, aunque la práctica de celebrar la misa después de numerosas oraciones, no tardó en ser la regla general (2). Veamos cómo explica estas ceremonias San Justino, en su *Apología:* «La reunión se tiene en el día llamado del Sol. Léense los escritos de los Apóstoles y de los Profetas, el Presidente hace una fervorosa exhortación, se ponen todos en pié y hacen oración. Se trae luego el pan, el vino y el agua; el Presidente dice solemnes oraciones y eucaristiza y el pueblo responde amén. Síguese la comunión y distribución de las cosas eucaristizadas, y por fin la colecta para los pobres». Así se decía entonces la Misa, según este escritor de aquellos remotos tiempos.

Celestino García Romero.
S. J.

(Continuará).

(1) Por eso dice el Cardenal Bona que es reminiscencia de eso el oficio del Viernes Santo en que dice el celebrante el Pater Noster y en seguida eleva la hostia consagrada la víspera y el cáliz y sumidos da por terminada la Misa.

(2) Véase *La Eucaristía,* traducción del P. Nonell, cap. x.

ESTUDIO BIO-BIBLIOGRÁFICO-CRÍTICO ACERCA DE ROSALÍA DE CASTRO

(SU VIDA Y SU OBRA)

LA VIDA DE ROSALÍA

(Continuación)

XVII

A pesar del ruidoso éxito de su primer libro gallego, la obra de Rosalía tuvo sus detractores y sus envidias, su oposición y su silencio, pruebas las más elocuentes de su valía y significación (1).

En el espíritu superior de nuestro poeta no hicieron mella unas ni otras, soportando indiferencias que su alma sentimental comprendió mejor que otra alguna, por ir más allá de los límites de la injusticia.

Lo que sí debió herirla, y muy profundamente, en lo interno, fué cuando su obra inmortal llegó a ser objeto de pretericiones, no por encubiertas ni mansas, menos crueles, de aquellos que se atrevían a colocarse, si no en nivel superior, al propio nivel de Rosalía, con sus imitaciones y pérfidos ejemplos, que nunca tuvieron ni tendrán valor positivo, pues sólo a nuestro poeta fuéle dado ser la verdadera reveladora del alma de su país.

Así lo comprendió éste, y el alma generosa y agradecida del pueblo, endulzó con su cariño, las acideces de tamañas injusticias. Si por alguien o algunos se le negaron honores y pleitesías que en conciencia se le debían, el amor de los suyos y la devoción que por ella sentían, fué su mejor galardón y su más preciada corona.

---

(1) Dice, y muy bien, el ilustre gallego Sr. Rodríguez Carracido, en la página 13 y siguientes del Prólogo al *Maestre de Santiago* (2.ª edición del tomo II de *Obras completas de Curros Enríquez*, Madrid, 1909):

«Parece que un instinto suicida mueve a Galicia, porque aquéllos de sus hijos que por »la solidez de sus méritos pasan a la Historia, personalmente solo los honra cuando trasponen »los umbrales de la eternidad, y entonces su patria, acusándose de ingratitud, llora amarga»mente la pérdida que padece... ¡Cuántas veces Rosalía, por los alrededores de Santiago, hoy »embellecidos por la magia de su arte, sólo cruzó su mirada con la de las gentes sesudas y »correctas que la tachaban de estrafalaria!... ¡Cómo acibaró su larga agonía al contemplar que »sólo para otros sonaba la música de sus canciones! ¡Cuán dolorosamente cierta resulta la »queja de Curros, exhalada en la traslación solemne del cadáver de la autora de *Follas Novas*:

¡Ay do que leva na frente unha estrela!
¡Ay do que leva no bico un cantar!»

¡Infortunada Rosalía! Para que todo en vida y en muerte le fuese contrario, andan ahora muchos de los que viviendo, si no la combatían hicieron el silencio en torno de su obra (1), ahondando, bajo capa de alabanzas y reivindicaciones, en lo íntimo de la vida de la insigne poeta. Hipócritamente, y como si pudiera ocultarse el impulso hostil que los mueve, nos presentan como para mayor gloria de Rosalía, amarguras y tristezas, reales o supuestas, del hogar, cual si para aumento de las grandezas de tan notable gallega fuera preciso algo más que sus versos, y quieren, con sus rebuscos en las miserias de la vida, anular su personalidad literaria ante su personalidad como mujer.

XVIII

Después de la segunda edición de los *Cantares*, regresó a la amada tierra, viviendo en la Coruña en unión de su esposo, entonces jefe del Archivo de Galicia, hasta 1875. Durante su residencia en esta ciudad terminó el original de su nueva obra *Follas Novas*, comenzada en Simancas.

En 1875 trasladóse el matrimonio a Santiago, y de paso para las aguas de Cuntis, los temores de un próximo alumbramiento le obligaron a hacer un alto en el camino, deteniéndose en Lestrove. Cuando Murguía fué a encargarse de la dirección de *La Ilustración Gallega y Asturiana* (1879-1882), volvió otra vez a Lestrove, donde vivió durante dos años en la casa señorial de sus parientes los Hermida de Castro, para atender al cuidado y desarrollo físico de los hijos, cuyo número había aumentado.

En este interregno publicó en 1880, editado por Alejandro Chao, de la Propaganda Literaria de la Habana, su nuevo volumen *Follas Novas*, cuyo éxito no fué menor que el de *Cantares*, y que fué el complemento y término de la obra gallega del excelso poeta.

De Lestrove, donde anteriormente, y en sus estancias en Coruña y Santiago, había ido varios años a pasar la estación veraniega, se trasladó a la Matanza (a orillas de la vía férrea), en cuyos lugares debía de terminar su maravilloso libro *En las orillas del Sar*, que tenía

(1) Esos, ahora, cuando el recuerdo y devoción a la gran cantora, está vivo en todo corazón gallego, creen hacernos olvidar, como si el pueblo careciese de memoria, que ellos fueron quienes trataron, vanamente, de borrar por completo su nombre de entre los suyos. Dan a entender que a ellos es debido el que se haga la justicia debida a la excelsa poetisa y que, gracias a su labor, ha llegado la hora de la reparación para aquella que jamás, ni por un momento, fué olvidada por todos los buenos hijos de esta tierra.

empezado en Santiago y cuyas primicias habían disfrutado los lectores de América, porque muchas de sus composiciones fueron publicadas, precedidas de calurosos elogios, por Manuel Barros, en su periódico *La Nación Española*, de Buenos Aires (1), en 1880.

XIX

Desde las ventanas de su casa veía Rosalía «el aliso y los olivos »que sombreaban el cementerio, donde, en la paz del Señor, descan»saban confundidos siervos y señores».

Por ellos dirigía sus oraciones y recuerdos «bien ajena, por »cierto, en que presto hallaría allí transitoria sepultura», ella que la deseaba eterna en aquellos lugares tan amados y en aquel *Cementerio da Adina*. Aquel

Simiterio encantador,
c'os seus olivos escuros
de vella recordación (2).

De allí, de aquel último refugio y de aquella paz tan deseada por su alma dulce y resignada, había de ir a arrancarla en santa peregrinación el amor de todo un pueblo, que no encontró lugar más adecuado para guardar tan venerandos restos que las majestuosas naves de la gótica iglesia de Santo Domingo, de Santiago, en la que, y por suscripción nacional, se construyó un artístico y severo mausoleo.

XX

Con su libro de poesías castellanas, ese maravilloso y aun no bien comprendido tesoro de poesía lírica, *En las orillas del Sar* (1884), cierra su labor literaria la insigne poetisa. Canto del cisne, *da rula de Galicia*, nunca será bastante admirada esa rica presea de la literatura castellana, que hace del poeta gallego uno de los más grandes, sino el más grande de todos, del Parnaso castellano en el siglo XIX.

Rosalía se sentía morir. Veía que las fuerzas la abandonaban poco a poco, y queriendo fingir a los suyos (3), llenos de ansiedad y

(1) Este distinguido gallego, natural de Padrón, se llamaba Manuel Vázquez Castro, adoptando el pseudónimo de *Manuel Barros*. Hicieron su estudio M. Castro López en *El Eco de Galicia*, de Buenos Aires (Octubre 1894) y J. Novo en el libro *Por Galicia*, volumen de la «Biblioteca Gallega». Coruña, 1896.

(2) *Follas Novas*, segunda edición. Madrid, 1910, página 104.

(3) Enferma hacía tiempo, tan oculto lo tenía, que ni aun la más ligera sospecha abrigaba su familia. Júzguese cual no sería la sorpresa de su esposo cuando, en uno de sus viajes,

temores, aparentaba una fortaleza que en su interior comprendía eran los últimos resplandores de una luz que se apaga.

«Poco tiempo antes, como quien une en santo amor la memoria »y los afectos pasados, quiso que se cantase una misa por todos ellos »en aquella iglesia solitaria —ella también ejemplo de lo pasajero de »las grandezas humanas— y allá fué a oirla. Yo la vi marchar rodeada »de todos sus hijos, por la vía inundada de sol, de paz y de la hermo- »sura de que están llenos los campos, que amó como si la hubieran »tocado en herencia. Al salir del templo besó una sepultura y con ella »cuantas en el atrio encerraban algo suyo, y entró después en su casa, »contenta porque había orado por los que tenían en su corazón, y eran »de su sangre, derecho a una plegaria» (1).

Hermosa y delicadísima emanación de un alma pura y cristiana. ¡Quién sabe, quizás, si aquella misa de difuntos era a la vez el propio funeral de Rosalía, que quiso fuese celebrado en vida!

XXI

Tras un verano lleno de fugitivas esperanzas, los temores de una próxima y temida separación se acentuaron; separación no por esperada más creída.

En aquellos días de dolorosa prueba, ya no pudo la infortunada Rosalía ocultar a los suyos que ella se sentía morir. El secreto tanto tiempo guardado lo confesaba ahora. Aquella alm[a] fuerte en su misma debilidad física, y heroica hasta el extremo, se rendía.

»En ocasiones, hasta ella misma, cansada de sufrir, esperaba un »milagro. Habiéndose visto tantas veces al pie del sepulcro, esperaba »una vez más escapar al peligro, que el Cielo no podía herir tan cruel- »mente a los que quería con toda su alma y cuya separación veía tan »cercana» (2).

Desgraciadamente el milagro no vino. Ni la estancia en aquellos lugares tan amados, donde por varias veces renaciera a la vida, ni el cariño y cuidado de los suyos, podían prolongar la vida de quien tanto y tanto amaba a su tierra, y a los que eran carne de su carne y huesos de sus huesos.

---

al cruzar por Pontevedra, hubo de interrogarle uno de sus amigos sobre los rumores que corrían acerca del estado precario de la salud de Rosalía, a la que aquél acababa de dejar sin que se notase la menor alteración en su estado normal, delicado sí, pero no alarmante.

(1) Murguía. Prólogo de *En las orillas del Sar*. Madrid, 1909, páginas 22 y 23.

(2) Murguía. Prólogo citado, página 28.

La muerte fué a reclamar su presa, allí, donde tantas veces le había sido disputada. Triunfaba al fin, y así como Iria-Flavia gozó con los días felices y lloró con los días desgraciados de la insigne Rosalía, así se conmovió con el glorioso tránsito de aquella alma apenada y dolorida, cuyo paso por la tierra fué como una continua sucesión de sufrimientos, lágrimas y penas.

EUGENIO CARRÉ ALDAO.

(Continuará).

PALACIOS Y FORTALEZAS DE LA MITRA DE SANTIAGO

ANTES DE LA GUERRA HERMANDINA (SIGLO XV)

(Continuación) (1)

Pontevedra.

La fortaleza de esta villa, conocida con el nombre Torres de Pontevedra, se componía de una casa de sillería, muy alta, de tres pisos, con tres torres muy altas también y con dos salas muy hermosas. Tenía su cerca alrededor con barbacana hacia la villa, muy bien hecha, y hacia la parte de fuera de la villa tenía su *cava* y puente levadizo. Dentro de estas edificaciones había excelentes habitaciones para vivienda del alcaide y morada del arzobispo, cuando a aquella villa iba. Unida a esta fortaleza había un excelente naranjal, perfectamente cuidado y atendido, en el tiempo a que los testigos se refieren (2).

Fué esta fortaleza objeto de muchas acometidas, sobre todo del Conde de Camiña, cuya enemistad con el Patriarca de Alejandría fué casi continua. Es curioso conocer la causa de esta enemistad, según cuenta Sancho Gago, Notario de Número de Pontevedra. Fuera, según él, «porque el Patriarca iba en consentimiento y acuerdo con el Conde de Ribadavia y con Diego Sarmiento, para degollar a Pero Alvarez de Sotomayor. Estando éste en Ribadavia con el Conde de este nombre y Diego Sarmiento, llegó un hombre enviado por el Patriarca, con ciertas cartas para Diego Sarmiento; pero resultó que con quien el propio primero encontró fué con Sotomayor, con el cual el emisario habló

(1) Véase el número 183.
(2) Fol. 144 e Interrogatorio.

percutandole por Diego Sarmiento; contestóle Sotomayor que él mismo era y se la entregó.» (1).

De esto resultó la muerte de Sarmiento por Sotomayor y la perpetua enemistad con el Patriarca. En la forma que el testigo lo cuenta no debió de ser verdad, aunque cosas mayores se vieron, pero en el fondo hay verdad sin duda. A título de curiosidad se pone aquí.

Puente Sampayo.

Consistía esta defensa en *una vara* de casa dentro de dos murallas o cercas (2). Es lo único que conocemos, pero es de suponer que estas murallas y lo mismo la casa tendría sus defensas, torreones, saeteras y otras cosas propias de las defensas de aquel tiempo. Cuentan que Alvaro de Sotomayor, hermano de Pedro Alvarez, derrocara este castillo. Después vinieron de la villa de Redondela y llevaron la piedra y otros materiales para edificación de casas, y Basco Rodríguez, vecino de Sajamonde, cuenta que vió a un tal Alvaro de Barja llevar piedra para edificar su casa en la dicha de Redondela, que ahora —dice— posee Leonardo *Xil* (3). Dice también haber oído que el Patriarca hiciera merced de la piedra a Luis Soga de Lobera y éste la diera a Alvaro de Barcia.

Castrizán (cerca de Sotomayor).

Era una fortaleza hecha por el Patriarca, cuando Sotomayor estaba preso en Castilla por el Conde de Benavente. Aprovechando Fonseca esta ausencia la levantó con objeto de combatir desde ella la de Sotomayor, del Conde de Camiña, su enemigo. Consistía en una torre muy alta, recia y fuerte, de tres *sobrados*, almenada, con su encinto y cerca alrededor. Tenía además un *corral* (patio) y casas *terreñas*. Fué alcaide de ella, Alvaro de Barcia. Cuenta un testigo que estaba tan cerca de Sotomayor que los habitantes de ambas se hablaban, cuando estaban de noche de guardia. Cuando salió Sotomayor, Conde de Camiña, de la prisión y destierro, vino sobre ella con mucha gente, dirigida por Juan Fernández de Aldao, la cercaron, pusieron sobre estacas y la derribaron por el pie. Esto ha sucedido cuatro años después de edificada (4).

---

(1) Proc. Fol. 125.
(2) Proc. 169, 491.
(3) Proc. 491. El año a que se refiere era el 1526.
(4) Proc. Fol. 153, 169, 175.

Casa de la Cámara (de entrambos ríos).

Esta casa está en la jurisdicción de Puente Sampayo, como el nombre lo indica, entrambos ríos. Era una casa larga, con una torre, con *ferrojos de fierro*. Tenía una cámara, lo demás estaba en forma de salón corrido; tenía caballerizas y bodegas y una escalera por la parte de afuera. Estaba destinada a recoger el vino que allí pagaban al arzobispo y otros tributos (1).

Penzo de Vigo.

Era una fortaleza cuadrada, de muros altos y fuertes, de la altura, dicen, de la capilla nueva de Mondragón, de la Catedral de Santiago, *con su encoronamiento* (debía ser ojival). Los muros eran de piedra sin argamasa, con almenas. Tenía alrededor una barrera tan alta como la torre, la cual hicieron Gregorio de Valladares y Francisco de Vale. Esta torre fué acometida por el Conde de Camiña, la cual cercó y combatió disparándole 170 tiros; Francisco de Vale, que estaba dentro, mandó a Camiña que tirase hasta completar los 300, y no la ha podido tomar. Opinamos que estaría emplazada en el monte de la Guía, aunque desaparecieron todos los vestigios de ella y no hay noticia de su emplazamiento (2).

Fortaleza de Daravelo.

Estaba emplazada esta fortaleza en el Castro de Darvo; había sido hecha por el Patriarca, el cual pagaba únicamente a los oficiales, pues la prestación personal era de los vasallos, quienes llevaban para su sustento pan y vino. Consistía esta fortaleza en una casa circundada por una muralla con dos o tres torres y cubos alrededor, todo de piedra de canto. Dentro de este perímetro tenía unas casas *terreñas* en donde se acogía; y parece que también su cava y empalizada de madera alrededor. Claro está que las torres de que arriba hablamos, era lo que entonces llamaban *torrejones*, torres pequeñas, pero de defensa. Estuvo aquí de merino Basco Fernández, el cual ya era el que pagaba los jornales a los oficiales, cuando esta casa fuerte se edificaba (3).

Fortaleza de Montes.

En la jurisdicción de Montes, en la parroquia de Presqueiras, medio circundada por un río, estaba emplazada la fortaleza de dicho

(1) Proc. 165, 589.
(2) Proc. Fol. 585, 927.
(3) Proc. 153, 491, 601.

nombre. Era un circundado murado con defensa, el cual tenía emplazada hacia el centro una casa de tres pisos y una torre; la cual, como la casa, estaba cubierta de *doela* (1) y no de teja; se podía andar todo alrededor: por encima estaba el tejado más alto; era almenada la parte superior. Además de la *vara* de casa había una gran sala, la cual tenía a la izquierda, entrando, la habitación del merino, y a la derecha, un corredor en donde estaba la cárcel con las cadenas para los presos. Tenía además caballerizas y una casa de servicio con horno, todo lo cual estaba en torno de un patio o corral. Un testigo dice que vió allí capacetes de hombres de armas, dos ballestas fuertes, dos tiros de altura de un hombre, que tiraban piedras tan grandes como huevos, cuatro o cinco escudos y pedeses? (será peveses?). La parte alta almenada por la cual se andaba todo alrededor era el sitio desde donde se vigilaba.

Cuando todavía estaba esta casa derrocada por la hermandad fué a apoderarse de ella Sotomayor, levantó cierta parte en donde se abrigaban y guarecían hasta que el Patriarca la recuperó, destruyó lo hecho por Camiña y la puso de nuevo como primitivamente estaba (2).

Fortaleza de Rodero (Rodeiro).

Está esta destruída fortaleza, mejor dicho vestigios, a catorce kilómetros de Lalín, cerca de la carretera que va de este sitio a Chantada. Constaba esta fortaleza de una *vara de casa*, almenada y guirnaldada, con sus torres y cubos; tenía alrededor un foso hecho de cantería y argamasa profunda, el cual cuando era preciso se inundaba con agua del río que en parte le rodeaba. Tenía un patio que circundaba en parte la casa desde la puerta que llamaban del Pomar hasta otra que decían del Espino, dentro del cual estaba el palacio que decían del arzobispo. Hacia la puerta de entrada tenía una vivienda, que llamaban el paraíso, en donde moraban las mujeres de los alcaides, debajo de esta habitación estaba la despensa, en donde guardaban la fruta y el vino.

En el patio había seis o siete casas para las familias que cultivaban aquella inmensa extensión de terreno. En el tiempo a que los testigos se refieren, primera mitad del siglo XVI, dicen que vivían en una de las casas el juez y en otra el alcaide, estando habitadas las otras por García de Pena Herbosa, Gómez Arnata y Lopo da Portela. Había también caballerizas, aunque no sepamos con certeza el sitio de su emplazamiento.

(1) Esta *doela* debe ser pizarra.
(2) Proc. Fol. 399, 489, 925. Interrogatorio, etc.

Estas edificaciones ardieron en tiempo del Patriarca, se repararon en parte, pero en tiempo de los hermandinos fueron destruídas como todas las del reino. Como se vé por lo que los testigos presenciales nos dicen, era esta fortaleza y posesión un medio pueblo, constituía una verdadera masía. A partir del siglo XVI fueron poco a poco destruyéndose estas fortalezas.

Fortaleza de la Barrera (Barreira).

Estaba situada esta fortaleza a un kilómetro de Oca, siguiendo la carretera que desde aquí va a la Estrada, al lado de un río, que forma en torno del Castro en donde estaba emplazada, un semicírculo. Parece que tenía una muralla exterior que ocuparía toda la planicie del Castro encerrando en su interior toda la fortaleza. Dentro de esta muralla había las tres torres altas, de tres a cuatro *sobrados*, en forma de triángulo colocadas y unidas por barbacanas, formando de este modo tres patios de que los testigos hablan. A los lados de la torre del homenaje había salas de vivienda y debajo de éstas, caballerizas con sus pesebreras para más de cien caballos. Cerca de estas edificaciones había una especie de túnel con escaleras para bajar al río por agua sin peligro de ninguna clase. Hoy todavía se vé la salida de este subterráneo, aunque obstruído. Había, como dijimos, la muralla exterior, la cual tenía también tres torres, saeteras, almenas, como las torres interiores para defensa. Esta cerca exterior cerrábase con cuatro fuertes puertas, cuya entrada se conocía por puerta de María Carreira. Dentro de esta entrada había el aposento del guardia, y comunicaba la puerta exterior con la interior, a la que llamaríamos Ciudadela, por un corredor cerrado por dos murallas tan altas, que no se veía de los montes que rodean esta fortaleza un hombre a caballo. En el segundo patio había una iglesia bien edificada, cuyo título era de Santa María de Castro o de la Barrera (1).

Tal vez no habremos interpretado bien al recomponer mentalmente esta fortaleza las declaraciones de los testigos, por eso preferimos transcribir una. Dice Juan Besteiro (2), que hacía un año vivía en el lugar de Rivadulla de los Ballesteros, cerca de la fortaleza, por eso la conoce. Cuenta «que vio a la entrada de la primera puerta un baluarte, un poco más abajo otro hecho de piedra menuda y tierra. Sobre la puerta llamada de Maria Carreira vio una torre de piedra *morada* maderada y cubierta de *Colmo*, en la cual moraba un peon. Comenzaba

(1) Proc. 225, 119, 822.
(2) Proc. 119. Era de San Vecenço de Berros.

alli el encinto alrededor, un pedazo de mira tras la torre parda; cerca del encinto vio un torreon descubierto en un rincon, a la derecha de la era, entrando por la puerta de Maria Carreira, almenada, con saeteras, troneras y pectoril. Entrando en el dicho primer corral, habia otra puerta dicha del medio, que se cerraba con la dicha barbacana e encinto, de modo que el corral quedaba fuera entre las dos puertas dichas. Se cerraba con sus puertas y *fechadura*, en la qual otra puerta habia otro caramanchon y torre pectorilada, almenada su cubertura, a donde iban a velarla algunas veces, lo cual ha hecho el mismo testigo. Desde la puerta del medio hasta dar en la torre de sobre la puerta de la cerca segunda de dentro, que es cuerpo de la fortaleza, habia un lienzo de muro de piedra o barro, no almenado, de la altura de un hombre a caballo de modo que no lo vieran desde fuera ni tiraran. Despues estaba la ermita que medió Ares Pardo al encargarse de la fortaleza; dentro estaba el encinto del cuerpo de la casa, en que habia tres torres cubiertas, tejadas y maderadas de castaño, e postedado e perfectado; no tenia almenas (1). En la casa dicha habia otras tres torres descubiertas, con dos sobrados cada una, el muro dicho almenado, alto como los trabateles de la torre parda, que estaba dentro, junto al pozo de la torre, que era redonda; otra en medio del patio mayor estaba la vara de casa cadrada, guirnaldada y almenada alrededor. En los dos primeros sobrados no tenia ventanas, solo en el tercero; tenia tronera y sotano abajo y su ancho de una media lanza gallega. Habia dos salas a los lados de la torre; una sala bella entre la torre bella y redonda; entre la dicha sala e vara de casa habia una calle; la segunda sala no se acuerda como se llamaba, estaba frente a la bella, la cual llegaba de muro a muro. Debajo de estas salas habia caballerizas para 50 caballos, *aposientos* para 200 hombres, y dentro habia mucha piedra de la que derrocaran. Habia un *forno* cubierto y arrimado al muro, entre la torre parda y la sala de abajo. Habia una mina que iba desde la puerta de Maria Carreira al rio, ahora tapada (2). El primer alcalde que conocio fuera Garcia de Camaño, despues a Alvaro Sanchez.»

Como se vé por esta declaración, la fortaleza de la Barreira era de las buenas y fuertes fortalezas de la mitra compostelana. Si alguno de nuestros lectores pasa por aquel sitio, le aconsejamos que se detenga y vea el sitio de su emplazamiento, que es digno de ver y examinar.

(1) Sería entonces.

(2) Estas declaraciones fueron dadas el año 1528, por lo tanto después de la guerra hermandina y de las luchas de Sotomayor, etc., por eso habla de defectos e imperfecciones que en la fortaleza ya había.

Todavía se ven en el río que circunda el castro en donde estaba emplazada, como dijimos, las enormes balas de piedra, alguna de las cuales habrá sido lanzada por las huestes hermandinas o por Sotomayor, o por ambos. Aunque estas cosas se ven en varias fortalezas, no está por demás examinarlas.

Fortaleza de Mellid.

Contiguo a la carretera de Santiago a esta villa, a la izquierda, casi unido al pueblo hay un pequeño montículo, llamado el Castro, en donde está hoy una pequeña capilla, estuvo emplazada en otro tiempo la fortaleza de Mellid. Era ésta una vara de casa de cuatro o cinco pisos, parte de sillería y la otra parte de piedra menuda, de mampostería. Al lado de esta vara de casa había más casas y palacios de morada, *terreños*, en donde moraban o vivían servidumbre, etc. Todo esto estaba circundado de una barbacana. En la pared, gruesa, que rodeaba estas casas, había muchas torres cubiertas y almenadas, que servían para defensa de la fortaleza y de la villa. Suponemos que de algo más constaría esta fortaleza; pero los datos que tenemos son únicamente los relatados. Fué combatida en muchas ocasiones y unos cuantos años después de la guerra hermandina, que ha corrido la misma suerte que todas las demás fortalezas, aprovechó Sancho de Ulloa la piedra para el Convento de Sancti Spiritus.

José Couselo.

(Continuará).

DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

LA GÁNDARA DE PIÑEIRO

(Conclusión)

»Nada de esto se ocultaba a los franceses que, como tan interesados en conservar este punto, único apoyo para una retirada según se ha experimentado, y céntrico para sus operaciones en el resto del Reino, no se descuidaron en tomar las medidas más rigurosas para asegurarlo. En efecto, a últimos de Febrero empezaron reforzando considerablemente la guarnición, la que en el próximo Marzo estaba aumentada, a veces hasta el número de seis a siete mil hombres (1);

(1) Véase el número 10. — Requerimiento del Comandante de la plaza, pidiendo

redoblaron la vigilancia y las guardias; establecieron un gobierno a su modo, en el que, a excepción de algún otro conocido por su conducta y opiniones, los restantes, obligados por la fuerza a aceptar sus empleos, eran unas máquinas precisadas por la misma a escribir cuanto dictaba la violencia y el capricho, poniendo a la cabeza de la Administración militar y de policía, dos franceses de los más malvados que había entre la perversa chusma (1). Dispusieron, desde luego, impedir todas las entradas y salidas, levantando y reparando los portillos de la muralla. De cinco puertas que tiene, cerraron dos con fuertes tapias de piedra y fortalecieron las demás con portones de madera y caballos de frisa, que todavía subsisten, y con este arbitrio encerraban, cuando les parecía, a la gente que se encontraba dentro (2), medida que obligó a muchas gentes de todas clases a fugarse y ausentarse, y aumentó extraordinariamente la despoblación. A mediados de Abril desarmaron todo el vecindario, lo que fué ejecutado con tanto rigor que apenas quedó en las casas cuchillo con que cortar el pan (3); inundaron todo el pueblo de espías, hicieron varios castigos públicos, observaban con la mayor cautela las personas que les parecían más sospechosas, llenaron la cárcel pública de gentes de todos los oficios, amenazaron a unos, arrestaron a otros (4) y no hubo vecino honrado que no sufriese todo género de ultrajes.

»En este estado, y reducida la población a menos de la cuarta parte, el mayor número de mujeres, niños y personas débiles por sus achaques, constitución habitual o tenor de vida, y algunos miserables del populacho, entre todos los que apenas se podían juntar cien hombres útiles, y al fin todos inermes, fué cuando determinó Fournier salir a recibir y atacar nuestro ejército, dejando antes la suficiente guarnición distribuída en guardias dobles en las puertas, más de se-

15.000 raciones de víveres y 10.000 de forraje dentro de veinticuatro horas. — Fecha 29 de Febrero.

(1) Francisco Fournier, Gobernador Militar, y Pedro Grenoilleau, Director general de Policía.

(2) Así sucedió desde el martes hasta el sábado santo, interin que Fournier hizo una correría para sorprender al general Martinengo y castigar al mismo tiempo a los paisanos de la montaña, como él decía, habiendo tenido que retirarse con bastante pérdida, sin conseguir sino el miserable gusto de quemar unas dieciocho casas.

(3) Véase el número 10. — Oficio del comandante Mecuqueau para publicar un bando para recoger todo género de armas, con varias penas, y copia simple de dicho bando. — Fecha 20 de Abril.

(4) Entre otros, D. José M.ª Rivera, Procurador Síndico General, que sorprendido en una aldea, en la cama, de una aguda enfermedad, lo condujeron en este estado, manteniéndolo en arresto con centinelas de vista a su costa, hasta el mismo día que acabaron de evacuar el pueblo.

senta hombres de guardia en las Casas Consistoriales, con las armas preparadas, y un destacamento de más cien de caballería con orden de disparar y acometer a donde se encontrasen dos personas juntas, para cuyo efecto y que ningún vecino saliese de sus casas, se publicaron bandos muy rigurosos.

»Estos hechos, bien notorios y averiguados en el día, se confirman en gran parte con los adjuntos documentos, que se reducen a algunos oficios que entregaron los sujetos a quienes se habían dirigido y unos pocos que se pudieron recoger dentro de un macizo de papeles que se dejó olvidado un agente y satélite de los franceses, que fué el único vecino que los siguió en su evacuación del Reino. Es asímismo una prueba bien patente del poco afecto y apoyo que encontraron en este pueblo, los escombros de más de ciento y cuarenta casas incendiadas con la mayor crueldad, habiendo echado fuera inopinadamente a los habitantes, y precedido un riguroso saqueo de dos horas, las abrasaron, con todo lo que no pudieron llevar; dentro del pueblo existen todavía más de setenta casas y edificios, pertenecientes a comunidades, caballeros particulares y gentes de conveniencias, que están tan destrozadas e inhabitables, que algunas ni para almacenes sirven. En una palabra, sólo cinco o seis de las más bien puestas salieron menos mal, por ser las únicas que les quedaban para servir de alojamiento a los mariscales, gobernador y generales, y esto, a costa de maltratar los domésticos y causar con violencia exhorbitantes gastos a sus dueños ausentes, cosa que no se ha verificado en ninguna otra ciudad del Reino.

»En este estado de cosas, desearía la Ciudad que el Sr. Mariscal de Campo D. Francisco Taboada y Gil, dijese: ¿Qué precauciones podían tomar los vecinos de este infeliz pueblo? ¿Qué aviso les vino de fuera, habiendo sido una casualidad el acercarse tanto? ¿Qué fuerzas ni armas tenían que oponer a la guarnición que quedaba? ¿Si cabe en un sentido regular el pensar que unos hombres que llevaban más de veinte años de práctica en el arte militar, habrían descuidado tomar las medidas necesarias para asegurar su retirada, ni dejar enteramente abandonado un punto tan interesante? No deja de extrañar bastante el que tan inconsideradamente apoyase con su autoridad en aquel entonces unas voces tan falsas como absurdas, esparcidas entre la tropa, que hubieran causado la total ruina y exterminio de este pueblo, tan leal como desgraciado. Mucho más extraño es que, después de ser bien notorios estos hechos, y de que está bien convencido el Excelentísimo Señor Marqués de la Romana, y todos los demás Señores Jefes que

han pasado por aquí, permita estampar a su vista, en un papel público, unas expresiones injuriosas a todo un honrado vecindario, y que, aun cuando hubiese habido algún delincuente, como por desgracia los hubo en todas partes y en mayor número, queden confundidos tantos sujetos de un patriotismo acendrado y por el mismo hecho notoriamente agraviados.

»No puede mirar, Señor, con indiferencia, que un pueblo sobre el que, desde el principio de la revolución ha recaído, y actualmente recae, todo el peso de la fatiga de los transportes de municiones y efectos, y el continuo tránsito y auxilio de tropas para el Ejército, por ser la precisa entrada y salida del Reino; un pueblo que por espacio de seis meses ha estado sufriendo una opresión tan cruel y tirana, en medio de la cual, sostuvieron sus hijos con la mayor constancia y entereza del espíritu público, tenga el amargo sinsabor de ver apoyadas por una persona de carácter, unas voces sin fundamento, que la malignidad y la envidia se esfuerzan en esparcir para desacreditar y deslucir los más beneméritos. No puede la Ciudad tampoco desentenderse de las perniciosas consecuencias que esto puede producir contra la unión, seguridad y sosiego público, que tanto se necesita en las críticas circunstancias del día. Por tanto, rendidamente, a V. M.

»Suplica que por efecto de su notoria bondad y justificación tenga a bien mandar que el explicado Mariscal de Campo D. Francisco Taboada y Gil dé una satisfacción pública y correspondiente al agravio, reforme sus expresiones, y que a su costa se imprima esta representación, para que se pueda circular, previniéndole que en lo sucesivo tenga más miramiento y circunspección en los conceptos que forme, de todo lo cual espera esta ciudad recibir merced. — Lugo, su Ayuntamiento, 30 de Agosto de 1809. — Señor. — Ant.° Jph Bueno y Quindós. — Jph M.ª de Prado. — Fernando Núñez Teij.° y Varela. — Viz.te Teix.° y Monten.° — Jph Gabriel Somoza y Saav.ra — Jph Saav.ra y Pardo. — Ju.° Bap.ta Quir.ª y Páramo. — Gonzalo de Yebra. — Ju.° Fran.co de Cr.ª y Feijó. — Diego Ant.° Rivaden.ª — Jph M.ª Velon y Taboada. — Jph Becerra. — Bern.do M.ª Quir.ª — Jph M.ª Cadórniga y Boado. — Jph M.ª Rivera y Figueroa. — Por mand.° de la M. N. y L. Ciudad de Lugo. — Pedro Núñez Igl.ª Berm.ez, S.rio»

***

Remitió el Ayuntamiento de Lugo la anterior Representación al diputado por Galicia en la Junta Central, señor Conde de Jimonde,

para que la presentase a ésta. El Conde la pasó a la Junta con el siguiente oficio:

«La ciudad de Lugo me remite la adjunta representación. Hallo esta queja muy propia de su honor, celo y patriotismo con que auxilió la buena causa, lo mismo que todos los Ayuntamientos de Galicia. Si, como pienso, los individuos han sostenido con firmeza los principios a que los ví constantemente adictos, creo es muy digna de la soberana atención de V. M. oir y satisfacer los clamores de un Cuerpo que ha hecho servicios considerables a la Patria, y más porque en Galicia no faltaron acalorados y revoltosos que, alborotándose contra los Ayuntamientos con falsos pretextos, intentaron perturbar el orden y trastornarlo todo. Así lo espera de V. M.—Señor.—El Conde de Jimonde.»

Hasta aquí nada se ofrece de particular. Pero sí es curioso lo que escribe el Conde al Ayuntamiento de Lugo, acompañándole copia de aquel oficio:

«En el día 24 de Octubre de 1809, en la sesión de la noche, se dió cuenta y se mandó pasar a la sección de Gracia y Justicia. Veremos lo que sale. Lástima es que las ciudades no tuvieran aquí una persona de carácter que pudiera andar por las Secretarías, pues aunque uno hable a los compañeros, en éstas hay personas que cada una se interesa según su capricho y nunca tienen el interés de los Cuerpos y Patria como nosotros. Semejante advertencia me parece no sólo sirve para Vms. sino que la pueden trasmitir a las más ciudades de quienes hasta ahora no tengo razón, si existen o me cortan su comunicación, como sucede con las de algunos individuos que no debían faltar y tengo noticia han escrito.—Sevilla, 25 de Octubre de 1809.—Jimonde.»

¿Fué atendida la reclamación del Ayuntamiento de Lugo? Nada he podido averiguar de esto más de lo transcrito.

Lo cual es bastante para demostrar como, aun en los más azarosos momentos de nuestra Historia se hacía indispensable la recomendación y la influencia para remover los expedientes y lograr justicia...

Y que el latino *nihil novum sub sole* es de oportuna aplicación a todos los tiempos y a todos los pueblos.

Manuel Amor Meilán.

SECCIÓN OFICIAL

OBRAS DE NUMISMÁTICA QUE EXISTEN EN LA BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA

Para satisfacción y conocimiento de todas las personas que se dirigen a la Academia preguntando que libros referentes al estudio de monedas y medallas pueden ser consultados en nuestra Biblioteca, insertamos a continuación la lista de los que en la misma se custodian:

Bibliografía Numismática española, por Juan de Dios de la Rada y Delgado.

Historia de las medallas, por Carlos Patín.

Diálogos sobre la utilidad de las medallas antiguas, por José Addison.

Discurso de medallas y antigüedades, por el Duque de Villahermosa.

Cartilla Numismática o repertorio de las palabras técnicas de la ciencia de las medallas, por Basilio Sebastián Castellanos.

Ensayo sobre los alfabetos de las letras desconocidas que se encuentran en las más antiguas medallas y monumentos de España, por Luis José Velázquez.

Historia del grabado de monedas y medallas, por Eduardo Fernández Pescador.

Salón de numismática del Museo Arqueológico Nacional, por Ignacio Calvo y Sánchez.

Estudio histórico de la moneda antigua española desde su origen hasta el imperio romano, por Jacobo Zobel de Zangróniz.

La colección de monedas ibéricas del Museo Arqueológico Nacional, por Casto M.ª del Rivero.

Medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España, por el P. Enrique Flórez (tres tomos).

Description generale des monnaies antiques de l'Espagne, por Aloïss Heiss.

De las medallas atribuidas a la ciudad de Munda, por Guillermo López Bustamante.

Nuevo método de clasificación de las monedas autónomas de España, por Antonio Delgado (tres tomos).

Monnaies de la republique romaine, por Rodolfo Ratto.

Tratado elemental de Numismática imperial romana, por José del Hierro.

Del tesoro de las monedas de Algara, por Andrés Martínez Salazar (dos tomos).

Indicador manual de la Numismática española, por Alvaro Campaner y Fuertes.

Catálogo de las medallas, de Pedro Alonso O-Crouley.

Catálogo de monedas arábigas españolas que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional, por Juan de Dios de la Rada y Delgado.

Description generale des monnaies des rois wisigoths d'Espagne, por Aloïss Heiss.

Catalogue des monnaies et des medailles antiques du moyen age et des

temps modernes, composant de cabinet numismatique de feu Mr. Gustave Daniel de Lorichs, por Antonio Delgado.

Monedas de Santiago de Compostela, por José Muro Carvajal.

Monedas hispano-cristianas desde la invasión de los árabes, por Aloïss Heiss (tres tomos).

Casa Real de Moneda de la Coruña. Noticias acerca de este antiguo establecimiento y sus acuñaciones, por José Muro Carvajal.

Noticia de ciertas monedas de plata de los antiguos Reyes de Aragón, por José Mariano Ortiz.

Apéndice a la Crónica de Don Juan II en que se da noticia de todas las monedas, de sus valores y del precio que tuvieron varios géneros en su reinado, por Fr. Feliciano Sáez.

Demostración histórica del verdadero valor de todas las monedas que corrían en Castilla durante el reinado de Enrique IV y de su correspondencia con las de Don Carlos IV, por el mismo.

Descripción de las monedas hispano-cristianas, desde los Reyes Católicos a Alfonso XII, con sus precios y reproducción, por Fernando Mateos Aguirre.

El Duro. Estudio de los reales de a ocho españoles y de las monedas de igual o aproximado valor labradas en los dominios de la Corona de España, por Adolfo Herrera.

Les monedes vigatanes durant la revolta de Catalunya contra Felipe IV, por José Gudiol y Cunill.

Medallas de los Gobernadores de los Países Bajos en el reinado de Felipe II, por Adolfo Herrera.

Medallas de la Casa de Borbón, de Don Amadeo I, del Gobierno Provisional y de la República Española, por Antonio Vives.

Medallas de proclamaciones y juras de los Reyes de España, por Adolfo Herrera.

Esboço da historia da Numismática portuguesa, por José Leite de Vasconcellos.

Inventario das moedas portuguesas da Biblioteca Nacional de Lisboa, por el mismo.

Medalha da Sociedade Económica de Ponte de Lima, por el mismo.

Memoria das moedas correntes en Portugal desde o tempo dos romanos até o anno de 1856, por Manuel Bernardo Lópes Fernández.

Memorias das medalhas e condecoraçoes portuguezas e das estrangeiras con relaçao a Portugal, por el mismo.

Contienen también interesantes trabajos sobre la misma materia, las obras y revistas:

España Sagrada, por el P. Enrique Flórez.

Histoire des Romains, por Víctor Duruy (siete tomos).

Monarquía de España, por Gil González Dávila.

O Archeologo Portugués.

Boletín de la Real Academia Gallega.

Coleccionismo.

Bulletín Historique du Diocése de Lyon.

Y otras muchas, que igualmente se guardan en la Biblioteca de nuestra Corporación.

ASOCIACIÓN INICIADORA Y PROTECTORA DE LA REAL ACADEMIA GALLEGA EN LA HABANA

VELADA CELEBRADA POR LA MISMA EL 15 DE ABRIL DE 1926 (1)

Discurso del señor José G. Acuña

Señores Académicos,

Señoras, señores:

A la turbación que necesariamente acomete a todo aquel que, más por obediencia que por voluntad, dirige la palabra a un numeroso y selecto concurso, se une en mí una satisfacción inmensa y un orgullo invencible por la honra que me hacéis, abriéndome un hueco en vuestras filas académicas y delegando en mí el honor incomparable de contestar al discurso de ingreso en esta Asociación Iniciadora y Protectora de la Real Academia Gallega, del ilustre profesor del Instituto de la Habana, Doctor Juan José Remos, que ha tenido la gentileza de expresar aquí, en nombre propio y en el de los nuevos Académicos que hoy toman posesión de sus cargos, el placer que experimenta al ingresar en una Corporación que resume las glorias, los recuerdos y las ansias culturales de nuestra bien amada tierra de Galicia.

Aun contando como cuento desde luego con vuestra indulgencia, que no ha de dejarme desamparado en ningún momento de mi discurso, al alzar la mirada para contemplar en la lejanía el término de la jornada que voy a emprender, y sentir instintivamente y como por presciencia las enormes dificultades que tengo que vencer para dar cumplido y airoso remate a mi labor, experimento la sensación del vértigo, y el ánimo se encoge, la mente vacila y la palabra, torpe y premiosa de suyo, muere al nacer, como si el balbuceo con que expira en mis labios fuese una débil protesta contra la audacia que significa mi presencia aquí.

Y no obstante, al requerimiento que con bondadosa porfía se me hizo, no podía yo sustraerme, si no quería aparecer como desertor de mis deberes, libremente contraídos, al aceptar la designación honrosísima que, por unanimidad, hizo de mí la Real Academia Gallega para ocupar, como Académico de Número, la vacante, nunca espiritualmente proveíble, del Patriarca de las Letras Gallegas, el insigne D. Manuel Murguía, primer Presidente de la Real Academia Gallega.

¡Formidable honor! Jamás en los delirios de la más alocada fantasía pudo forjar mi deseo la ilusión de que un día había de llegar en que, yerta la mano taumatúrgica que produjo páginas admirables, apagada la luz esplendorosa de aquel cerebro portentoso y parado el corazón que era como lámpara votiva perennemente encendida ante el Altar de Galicia, hubiese de ser yo, el más humilde y pacato de los discípulos de Murguía, el más insignificante e intruso de sus admiradores y prosélitos, quien

(1) Véase la reseña inserta en el número 183 del Boletín.

viniera a ocupar, en sentido material de llenar corporalmente un lugar que la muerte dejó vacío, el sitial académico del inolvidable Maestro.

Acepté sin vacilar la honra abrumadora que se me hacía, aun a sabiendas de la desproporción, irreverente, casi sacrílega, que hay entre la misión y el misionero, entre la obra a realizar y el humilde aprendiz llamado a ejecutarla, estimándola como un imperativo de conciencia, como el cumplimiento estricto del deber, a la manera del militar que, en un puesto de honor y peligro, es requerido para ocupar la vacante del jefe, caído para siempre en los brazos de la inmortalidad.

Pero si no titubeé en tomar sobre mis hombros la inmensa responsabilidad que representa el hecho de suceder a Murguía en su sillón académico, no caí en la tentación insensata de apresurarme a recibir la investidura, trocando impaciente la calidad de electo por la de Académico de Número en la plenitud de sus funciones y privilegios. Esta demora está inspirada por el respeto y la veneración que me impone el recuerdo imperecedero de Murguía, por la reverencia que debo a la Real Academia Gallega y por el amor inmenso que siento por Galicia, mi patria. Yo, que hasta ahora no he hecho mérito de algun relieve que explique siquiera la razón de mi nombramiento unánime para la vacante del glorioso historiador de Galicia, aspiro a poder presentarme ante mis compañeros de Academia, en el día solemne de mi recepción como Académico de Número, con un bagaje que encierre algo más que gratitudes y promesas. Quiero aproximarme al concepto que de mi oscura personalidad se formaron quienes me eligieron en tan honrosamente abrumadoras circunstancias, laborando por Galicia, por todo lo que nuestra tierra querida representa en el orden cultural, por aumentar con mi granito de arena su acervo espiritual, para poder decir, cuando el momento llegue, algo semejante en la intención, ya que no en la transcendencia y magnitud, a lo que dijo Goethe en ocasión solemne:

—He procurado llegar, en todas las cosas, hasta donde el pensamiento humano es capaz de alzarse en sus alas; he puesto en el cumplimiento de mi deber toda la austeridad de mi conciencia y todo el amor de mi alma; mi voluntad y mi pluma han estado siempre al servicio de todo lo justo y todo lo noble; he hecho y dicho cuanto he podido y he sabido; quien haga más que yó, que alce el dedo.

He venido a Cuba, la tierra de mi madre, en peregrinación afectiva, impulsado por un estímulo que guarda espiritual, pero no, claro está, confesional parecido, con la obligación que todo musulmán tiene de ir siquiera una vez en la vida a visitar la Meca. Lugares Santos son para mi amor filial aquellos que vieron transcurrir los años mejores de la vida de mi madre, desde que vió la luz en el verjel que baña el Yumurí, hasta el día en que la obediencia conyugal, santa virtud de la mujer cubana, le hizo trocar la tierra bendita en que reposan sus mayores, por la tierra peninsular, cuna y hogar común de cuantos sentimos correr por nuestras venas sangre española, sin que importe que el primer latido que le dió impulso

haya sentido el estímulo vivificador del ambiente peninsular o del ambiente americano.

¿No soy, por ventura, un ejemplo vivo y manifiesto, de esa incontrastable solidaridad que la naturaleza impone sobre las ficciones humanas, que crean los límites y dividen a los pueblos, en tanto que la ley de la sangre impera con soberanía absoluta donde quiera que el amor hace su nido, ya sea entre el rumoroso ramaje de los pinos, ya bajo las pencas vibrátiles y solemnes del indolente y delicioso palmar?

Galicia, Cuba. Entre estos dos nombres, que tienen para mi afecto el prestigio del blasón flanqueado por dos columnas, en cuyo fuste luce el «Plus Ultra» de mi vida toda, ha oscilado siempre mi amor, alternativamente atraído por la fuerza magnética de los dos polos que aquellos nombres simbolizan. Gallego por nacimiento, cubano por devoción ante la imagen veneranda de mi madre, no sabría nunca discernir, en el trance de una introspección decisiva como una autopsia en vida, donde comienza en mí lo gallego y donde termina lo cubano.

Y es que, verdaderamente, ese conflicto sentimental no puede plantearse en Cuba ni en Galicia, que son como las dos valvas de una sola perla, en cuyos nácares parecen fundirse todos los esplendores del cielo de Cuba y todas las brumas saudosas del cielo de Galicia. Las miradas de mis paisanos los gallegos se dirigen constantemente, como las del árabe al hacer su plegaria se vuelven a Oriente por donde nace el Sol, hacia estas tierras americanas donde el Sol se acuesta enmedio de una sinfonía de colores que lloran la nostalgia de un ayer esplendoroso, cenit del heroísmo hispano. Galicia se halla espiritualmente, y aun materialmente por la fuerza de la atracción y del deseo, más cerca de América que de Europa. Diríase que son como dos orillas del mismo mar, achicado, angostado por la costumbre de surcarlo con frecuencia y familiaridad incomparables. Desde aquella estupenda atalaya del Atlántico, rincón maravilloso del Viejo Continente, la mirada se tiende con amor instintivo hacia estas playas que baña el Mar Caribe, las primeras que visitaron los nautas gallegos embarcados con Colón en la nao *La Gallega*. Gallegos fueron los primeros descubridores de América, los verdaderos *pionniers* de la epopeya augusta, la más hazañosa de todas, mil veces superior a la Iliada y a la Odisea, que se llama *Descubrimiento de las Indias Occidentales*. Y aunque permanezca *sub judice* el pleito de la oriundez de Colón, que todos los testimonios rescatan en honor de Galicia, y que la conciencia popular ha desde hace tiempo fallado con todos los pronunciamientos favorables para la helénica Pontevedra, el argumento sentimental, aliado con la filosofía de la historia, y con la psicología social, demuestra de modo concluyente que sólo Galicia, secularmente polarizada hacia el Mar Tenebroso, pudo sentir el heroico anhelo de rasgar el arcano de la Atlántida y emproar sus naos hacia las tierras, antes vistas con el corazón, que con los ojos.

Un hermano mío, poeta gallego, nacido en Macuriges, cuyas poesías cita la Condesa de Pardo Bazán en su libro *De mi tierra*, esculpió en unos versos esta doble naturaleza de cubano y gallego que alentaba en él, como en mí, y que forma el fondo de maniqueísmo subconsciente que late en lo más íntimo del alma gallega, escribiendo:

América doume a lus
p'ros ollos da miña cara;
e Galicia, ista Galicia,
douma p'ros ollos da alma.

¿Habrá posibilidad de aducir más perfecto argumento *ad hominen* en pro de esta tesis mía de la adecuación providencial del carácter gallego para fundirse espontáneamente en el carácter cubano y formar la síntesis psicológica que se ofrece a nuestra vista con el espectáculo permanente de la convivencia sentimental de la colonia gallega en el seno de la sociedad cubana? ¿No es, por ventura, la verdadera Nueva Galicia la que exulta y triunfa desde la prócer mansión del Centro Gallego de la Habana, que proclama, más aún que la opulencia de una institución, la sincronia afectiva de dos pueblos y las maravillosas cualidades asimilativas del medio en que se desarrolla?

(Continuará).

NOTICIAS

MISS GEORGIANA GODDARD KING

Estuvo en la Coruña, después de visitar nuevamente Santiago de Compostela, la ilustre Profesora del Bryn Mawr College, de los Estados Unidos, Miss Georgiana Goddard King.

Miss King, que recientemente ha añadido a su valiosa producción de estudios de Arqueología e Historia de nuestro país, un libro muy interesante titulado *Pre-Romanesque Art in Spain,* en el que concede atención especial a las manifestaciones de visigotismo y muzarabismo que se conservan en monumentos gallegos, fué recibida y acompañada por el Presidente interino de la Academia, Sr. Carré Aldao, y los individuos de la Corporación Sres. del Castillo y Martínez Morás.

En su visita al domicilio de la Academia, le fué entregado el diploma de Socio Correspondiente, cargo para el que fué elegida recientemente la docta Profesora.

El Alcalde de la ciudad y Académico electo, Sr. Casás, obsequió con un almuerzo a Miss King, al que asistieron varias personalidades, y durante el cual se habló de arte y literatura de Galicia.

EL ARTE CRISTIANO EN GALICIA: UN NOTABILÍSIMO DESCUBRIMIENTO

En Santa Eulalia de Bóveda, término municipal de Lugo, se ha efectuado un hallazgo arqueológico de verdadera importancia.

Hace años que el párroco, al hacer rebajar el terreno del atrio, observó que cedía el piso en algunos lugares, y guiado por la tradición de que allí se encontraba sepultada una iglesia, excavó, descubriendo algo que le pareció digno de conservación y algo que juzgó prudente rellenar

de piedras y escombros. Extrajo un fuste de columna, de mármol, muy desgastado, algunos ladrillos y otras piezas, que quedaron abandonados en el atrio, junto a las ruinas de un muro y arranque de bóveda, enhiestos todavía sobre el nivel del suelo y merecedores de cuidadoso examen.

Practicó el aludido sacerdote una abertura en el terreno, por la que cabe un hombre, y facilitó con peldaños el descenso a la parte libre del subterráneo. No se sabe que haya dado cuenta a nadie del descubrimiento, y así éste no trascendió por entonces; pero, hace un par de meses, comenzó a divulgarse el secreto, por varios conductos.

La Comisión provincial de Monumentos de Lugo, que preside nuestro querido compañero D. Indalecio Varela Lenzano, decidió una visita a Santa Eulalia de Mera, y después de obtener fotografías del monumento sepultado, determinó, con plausible acuerdo, hacer desescombrar la parte que permanece cegada, a fin de estudiar debidamente el interesantísimo hallazgo.

Consiste éste, según informes de nuestros compañeros los Sres. del Castillo y Martínez Morás, —que, con motivo de un viaje de estudio arqueológico a la provincia lucense, tuvieron ocasión de hacer un examen detenido—, en parte de un templo de los primeros siglos del Cristianismo, de tipo único en Galicia. Para visitarlo hay que descender a unos tres metros de profundidad. Consérvanse muros de regular aparejo granítico y parte de una nave abovedada, cuyas paredes y cielo están totalmente cubiertas de pinturas, en buen estado, y representativas de árboles, plantas y flores, frutas y aves diversas, a base de colores simples. Otros motivos de decoración, frisos y cenefas, acusan asímismo la manera visigótica o que perdura en los monumentos de esta época. Una curiosa ventana cuadrangular, surmontada por una abertura en triángulo, se abre al extremo de la nave, que debió estar dividida del resto del edificio por una arcatura cuyos arranques pueden verse claramente.

Se requiere excavar el suelo del subterráneo para descubrir la base de los muros y librar de escombros toda la parte cegada, que es lo más del monumento. Tal es la labor que proyecta realizar la Comisión lucense para estudiar el interesantísimo hallazgo.

——

Los Sres. del Castillo y Martínez Morás, durante su rápida excursión, recogieron datos y obtuvieron fotografías para el estudio de la iglesia románica de Bacurín, en el territorio de Mera, de los restos visigóticos de los templos de Eiré, Atán y Saamasas, del magnífico castro de Guitara y de la parroquial de San Pedro de Valverde, copiando inscripciones, confrontando sobre el terreno algunos documentos y levantando planos, todo lo que será base para próximos trabajos que se publicarán en nuestro Boletín.

Litografía e Imprenta Roel—Coruña